



EL CASTILLO DE BELMONTE.

¿Qué se hicieron tus muros torrecidos,
oh mi patria querida?

ESFRONCEDA.

Con razón dieron á Castilla sus antiguos pobladores ese nombre, despues tan glorioso y prepotente. Porque es difícil cruzar su fecundo suelo, sin hallar á cada trecho uno de aquellos monumentos militares, que sirvieron para guarnicion del pais, y de baluarte á su fé, su honor y su libertad. Apenas hay cerro de alguna consideracion en cuya cima no se distinga el resto de una torre feudal, con sus canes y saeteras; casi todos los pueblecillos de su comarca conservan algunos paredones cenicientos, sobre los que la conseja vulgar refiere estrañas y temerosas aventuras. Aquí se halla una masa informe de musgosos sillares; mas allá otra mole ruda y arrogante que, á despecho de los siglos, eleva su vetusta cabeza ceñida de macizos almenares, cual la corona triunfal de su pasada grandeza; y en todas partes toca el viajero con esas hojas esparcidas y mal estudiadas; con esa historia escrita en piedra por el génio de la guerra, que aun respira en los ruinosos ámbitos y en los solitarios murallones el heróico espíritu, la fiera lealtad y altos pensamientos de nuestra inmortal progénie. Quizá esas líneas carcomidas y desordenadas, que bordan aquel pilastron, fueron el epitafio de un héroe, trazado con la punta de su lanza; acaso esas sombras indelebiles que salpican la derruida barbacana, fué la postretra sangre de un esforzado alcaide, que opuso su cadáver al enemigo delante del rastrillo, como último y desesperado antemural de su sangriento alcázar. ¡Qué campo tan estenso de estudios y meditaciones! Cuántos arcanos, ora sublimes ora tremendos, guarda el glacial silencio de esas tumbas gloriosas, que ni aun conservan el polvo de su señor!.. Pero el mundo las olvida, y el tiempo ejerce allí su implacable poder. Así es el hombre. Lo que no le sirve, no existe para él. Viviendo para el día, no se cura de lo pasado, y ¡miserio! no conoce el porvenir.—¡Somos poco amantes de nuestras glorias! En otra nacion se procuraria por legítimo orgullo conservar esos insignes testimonios de lo que fuimos y pudimos, cual un museo colosal de todas las grandezas españolas, Pero aquí no se piensa formalmente en

ello. Y ¡triste es decirlo! al paso que los estrangeros visitan con particular cuidado los castillos de nuestros mayores, y que ingleses, alemanes é italianos atraviesan los montes y los mares, para llevarse en su álbum bocetos preciosos de tan venerandas antigüedades, nosotros pasamos junto á ellas con soberana impasibilidad, y vemos tranquilamente destruirse piedra por piedra las obras de los buenos, si ya no les ocurre á cuatro záfios lugareños derrocar acaso una maravilla artistica para hacer un juego de pelota, ó el palomar de algun cacique de campanario. ¡Bien dice el escritor latino: *Tempus edax, homo edacior!*

Sin embargo de tan vergonzosa desestimacion, y del abandono en que, siglos há, yacen estas construcciones, todavia se conservan las bastantes para adivinar el aspecto que presentaria Castilla en aquellas belicosas edades, y el sistema militar de defensa y fortificacion que adoptaron los monarcas y señores cristianos en tiempo de la reconquista; y pues la ocasion se ofrece, hemos de aprovecharla, para decir algo sobre ese curioso particular, refiriéndonos á la tierra de Campos, á este trozo tan importante de los antiguos reinos.

Desde el momento en que don Pelayo y sus dinásticos sucesores empezaron á ensanchar con la punta del victorioso acero las fronteras de su renaciente monarquía, se dedicaron á establecer líneas de defensa y guarnicion, que al propio tiempo que de punto de apoyo para las operaciones, sirviesen de reparo y fuerza al pais reconquistado. Este sistema era necesario en el estado que el arte de la guerra tenia en aquellos tiempos, en que ni habia ejércitos permanentes, ni los demas elementos que el génio de la muerte ha inventado despues para la profesion guerrera. Así pues, los rios, las montañas, las aldeas y villas, todos los accidentes topográficos eran aprovechados para aquel objeto, y cubiertos de castillos, torres y murallas en estensa y tenaz combinacion. Y de tal suerte dispuestos y enlazados, que podian socorrerse mutuamente, y hacer una série inespugnable de escalones para la resistencia; y colocados ademas á la vista, no solo podian librarse de un golpe de mano, sino que tambien servian para los avisos comunicándose de atalaya en atalaya por medio de fogatas y humaredas.

9 DE FEBRERO DE 1851.

Prescindiendo aquí de la línea del Esla, punto avanzado de la corte de Leon, cuya base era la plaza de Mansilla; y atravesando la establecida sobre el Cea, defendida principalmente por la fuerte villa de Mayorga, cuyos flancos guardaban las de Valdeazao y Sahagun, y á las que servirían de puestos vigilantes muchos lugarejos fortificados en derredor, nos fijaremos en *tierra de Campos*, y veremos su aspecto militar en aquella lucha de heroísmo sin ejemplo. Dos atrincheramientos generales la corrian en toda su longitud. Uno establecido sobre las márgenes pantanosas del río Seguiño, y otro en la cordillera de alcóres que se extiende desde Toro hasta Palencia, cubiertos en su mayor parte por las montuosas espesuras de Torozos.

La primera de estas líneas venía desde Zamora por Villa-Alonso, que conserva casi intacta su bella fortaleza, y enlazaba con Villagarcía, en donde hay algun vestigio. El eslabon subsiguiente era Tordehumos, villa murada y fuerte importante, que aun dice lo que fué. En seguida Medina de Rioseco, plaza principal, cuyo arruinado castillo era el centro de las fuerzas, y que por el N. comunicaba con Belmonte, marchaba á Castil de Velas, que tiene algunos restos, y se extendía por todo el bajo de las Navas de Campos, hasta darse la mano con las montañas de Cuarda.—La otra línea, que apoyaba su flanco derecho en Toro, sobre el Duero, corriéndose por la buena plaza de Ureña, cabeza de condado, que ostenta todavía sus rotos muros en alto y espesísimo cerro, se prolongaba á Castro-monte, cuyos fragmentos se ven. Sucedia en orden Valsenebro, que, segun crónicas, era un castillo regularmente recio, pero que ya solo deja notar aislados trozos de muros destartados; daba un giro la línea avanzando sobre Villalba del Alcor, que indudablemente sería una de las mejores plazas de la comarca, porque aun mantiene su radio con espesa y elevada muralla de piedra gruesa bien acondicionada, su castillo con sus departamentos en regla, y que ofrecen recuerdos de importancia. Ciertó es que debió recibir mejoras notables en fecha mas reciente por la forma de algunas particularidades. Llega en seguida á Montealegre, villa de consideracion, cuyo hermoso castillo en toda su obra de piedra sillar es un edificio bizarro y poderoso, de mucha elevacion y excelente topografía. Se adelanta á Torre-mor-mojon, donde hay un castillo titulado *la estrella de Campos*, porque domina muchísimo territorio. Es verdad que está situado en un cerro muy culminante segun explica la etimología de su nombre (1) y de rápida y difícil pendiente. Conserva todas sus murallas, con cubos y baluartes, y tiene solo destruido el homenaje. Comunicase con Ampudia (*Fuente Empudia*) que tambien poseía buena fortaleza, y se prolongaba hasta unirse con las riberas del río Carrion.

Uno de los anillos de esta vigorosa organizacion, segun observado dejamos, fué el castillo de Belmonte, elegante y bien tratada obra, que hoy es el objeto especial de nuestra atencion.

El castillo de Belmonte está situado al S. E. de la villa sobre el plano inclinado de una meseta que allí sobresale en la llanura. Su planta es un paralelógramo, casi un cuadrado, que tiene 42 pies de S. O. y de N. á S. y 48 de S. E. á N. O. en lo alto de la plataforma, y en a base 54 y 42 á las mismas direcciones con una altura total de 114 banzos. Está dividido en tres pisos. Los dos primeros se hallan cortados por un arco bajo. Contiene tres prisiones subterráneas, en bóveda sillar, además de varios aljibes. Se sube hasta el glásis por una buena espiral de piedra, y lo mismo á cada uno de los merlones, ó linternas angulares.—Su traza exterior figura una torre lisa, coronada en su término por una guarnicion de canes, sobrepuestos de parapetos, y flanqueados por cuatro baluartes en los ángulos que se elevan en forma circular desde el último tercio de la obra, hasta dominar con mucho los andenes de la plataforma, y que estan rematados á su vez con una graciosa diadema de canecitos, sobre los que carga un antepecho, á prodigiosa elevacion. Cada uno de ellos tiene su respectiva azotea, á la cual se asciende por un excelente caracol de 17 peldaños.—Dominase desde ellas inmensa estension de pais, avistándose su primer término veinte y cuatro pueblos, y mas ó menos distantes las fortalezas mencionadas de Tordehumos, Medina de Rioseco, Montealegre y Torremormojon. En la planicie suprema de la torre existe un lugar, que llaman *la silla del moro*, y que parece una tumba sobre la cual se echaba una losa, segun los encargos de sus bordes. Pero esto era el puesto de atalaya. Pues sumergido allí el vigía, á cubierto de las armas arrojadas y de la intemperie, registraba por un hueco horizontal, que quedaba entre la losa y un borde rebajado, la mira de comunicaciones con el castillo de Torremormojon, y hacia el alerta de la guarnicion y de la comarca.

Desde el ángulo N. arranca una línea de muralla, alta de 25 hileras, por cuatro palmos de espesor en el almenar, y á cuyo extremo hay un desmantelado baluarte, que encubria la bajada á las prisiones, y que unido á otra cortina que vuelve al frente N. E. toca con un paredon y cierra por dos puntos el antiguo patio de la fortaleza. Aquel

trozo de pared es el único resto de los cuarteles que ocupaban la parte mejor defendida de la posicion.—Por delante de la muralla se levanta la contraescarpa, sobre el borde del cegado foso, que apenas se conoce. Las demas obras exteriores han desaparecido completamente.

La fábrica de este castillo es de dos épocas. Gótica la una, que se conserva en el pabellon superior ó bóveda ogival de piedra, guarnecida de robustos aristones, que sirven de apoyo al glásis. La obra moderna, que es de 1505, empieza por lo exterior, como á la mitad de la altura de la torre, basada en la construccion antigua, donde se conserva un solo ogivo, en la cortina de tosco sillarejo. Desde allí se alzan los muros de excelente silleria, indicando bien por su corte y mano la nueva época. Tiene el castillo un balcon de este tiempo en el punto de E. á S., sostenido por una enorme repisa de prolijo adorno, y guarnecido de un cuerpo de arquitectura de mal gusto, asi como un prelude mal entendido del renacimiento. Tambien es del siglo XVI la parte superior de las murallas y almenages, por las aspilleras para proyectiles incendiarios que se rasgan en toda su línea, por el arco hemicielo que da entrada al patio, y por otro existente en cierto lienzo de muro perdido, que arranca al pie de la torre, bajo el ángulo occidental, y que debía hacer el ingreso para el recinto exterior de la fortaleza por aquella banda, sirviendo al propio tiempo de estribo por aquesta parte mas baja del plano, en donde por consiguiente la fábrica tiene mayor elevacion. La obra es sólida, perfectamente construida, y sin el misto ofrecia elementos para una defensa obstinada y ventajosa.

La casa señorial de los Manuel hubo esta fortaleza en tiempo del emperador Carlos I, y la hizo con la villa formar parte del mayorazgo fundado entonces, y que algunos pretenden fuera el primero constituido en España. Desmantelada, como todas las de este pais, despues de la guerra de las Comunidades, y obligados los antiguos Ricos-hombres á residir como grandes de España en la corte del rey por miras de alta política, sus estados y puertos de guerra quedaron en abandono y á merced del olvido destructor.

En su época, sin embargo, el castillo era de buena estima para sus poseedores. Asi es que la casa espresada le hubo de recibir maltratado de vicisitudes anteriores, y verificó en él la grande reparacion de que hemos hecho acta, y que por su traza y materiales de obra debió alzar gran coste y requerir larga mano. De presumir es que presidió á tan completa refaccion algun grave objeto, segun la solidez y cuantía de ella. Moros ya no habia. El pais estaba en calma. ¿Pensarian los próceres revindicar sus fueros que á menguar empezaron bajo el vigoroso reinado de los Reyes Católicos? ¿Seria algun presentimiento de la próxima tempestad?... Misterios son estos, de que la tumba pudiera acaso dar razon.

Pero el castillo de Belmonte, tan arrogante y preciado un dia por sus opulentos señores, puede ser comparado á un esqueleto que solo conserva la piel. Y abandonado de su castellano, y entregado á merced de la estulta rapacidad del profano vulgo, será de aqui á poco un monton mas de escombros en el inmenso mapa de ruinas que nos hace recordar á menudo el canto funeral del profeta, que lloraba sobre las colinas de Sion.

V. GARCIA ESCOBAR.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

I.

En el último tomo del SEMANARIO tuvimos el honor de ver insertos en sus páginas unos apuntes históricos sobre la iglesia goda y sus varias vicisitudes y alternativas. En el presente artículo, ó sea si se quiere apéndice á aquellos estudios, vamos á tratar someramente del establecimiento de la iglesia cristiana en España, concretándonos con especialidad á Valencia y sus obispos hasta la invasion morisca. Procuraremos tambien hacer ver, aunque brevemente sea, las diferentes sectas que derivadas, por el orgullo ó ambicion de algunos, de la religion de Cristo, si bien no impidieron su marcha progresiva y ascendente, estendiéndose prodigiosamente por do quier, no dejaron de retardar en algunas partes su curso, inculcando en muchos ánimos el error, y cuando menos la duda. No es por cierto fácil tarea para el historiador el aclarar perfectamente y sin recelo alguno de opinion contraria, ciertos puntos y cuestiones que en los primeros tiempos del cristianismo y por consiguiente de la civilizacion moderna, pasaron desapercibidos para muchos, y aun para otros solo merecieron una ligera mencion; razon por la cual ha tenido y tiene que suplir el buen criterio y la sana razon del que se ocupa en coordinar las espinosas materias, á las faltas que necesariamente se notan de escritos y de tradiciones segun

(1) Torre del mayor mojon.

ras en aquellos primeros tiempos de nuestra regeneración, por medio de la moral evangélica y la unidad de las doctrinas de su iglesia.

No pretendemos, pues, aquí escribir un trozo de historia: incapaces como nos sentimos para tan elevado cargo, solo trasladaremos aquí lo que de manuscritos y autores varios hemos podido entresacar, no solo respecto al establecimiento de la ley de Jesucristo en la pagana é idólatra Iberia, sino mas esclusiva y especialmente á Valencia, nuestra querida patria.

II.

Esparcidos los discípulos del hombre-Dios por el mundo, en virtud de su mandato supremo, para bautizarles y regenerarles en nombre del Padre, del Hijo y del Santo Espíritu, y destinados cada uno de ellos á diferente parte del globo conocido, tocó á Santiago el mayor la España y parte de la Gallia. Acompañado el santo apóstol de otros doce compañeros, en aquella época habitantes en el monte Carmelo, dividiéronse al llegar al suelo ibero, entonces bajo el dominio de Roma, para hacer mas fructífera la estensa mies que se presentaba á su trabajo y santa abnegación. Entre otros tocó á *Eugenio*, uno de los mas allegados al apóstol jefe de aquella misión cristiana, el desterrar de las tierras pobladas por los celtiberos y los edetanos, las fábulas y creencias vanas de los falsos Dioses. Nombrado por Santiago jefe ó vulgarmente obispo de los que abrazasen la fé del Salvador, con facultades de agregar á su misión á los que conceptuase dignos de secundar sus santas miras. Eugenio alcanzó en breve gran fruto, y la grey cristiana superó en poco tiempo á la idólatra, aunque muchos se retraían de confesarla en publico por temor á los tormentos con que, en vista de aquella trasformación de costumbres, les amenazaban los procónsules de Roma. El obispo Eugenio, primero en el catálogo de los pastores de la iglesia valenciana, gobernó no sin temores ni peligros la nueva cristiana prole del Edeta, desde el año 57 de la era cristiana hasta el 60, en el cual reunido en Chersoneso, hoy Peñíscola, con otros discípulos del santo apóstol á fin de celebrar un concilio para coordinar y regular sus predicaciones y establecer leyes para los neófitos y recién convertidos, fue degollado junto con algunos de sus compañeros que no pudieron salvarse con la fuga, por orden del procónsul de la provincia Tarraconense.

Semejante atentado no hizo desmayar por eso á los nuevos convertidos, y la sangre del obispo no retrajo de su propósito á los sostenedores de la fé cristiana, pues antes bien se gloriaran no pocos de verter gloriosamente la suya. Perseguidos sin embargo, no les fué fácil reunirse para elegir un sucesor á la gloriosa víctima de la verdadera creencia; mas *Elpidiano*, compañero del obispo y su confidente y apoyo, tomó á su cargo el alentar el valor de los cristianos extendiendo sus predicaciones, fortificando su fé y defendiéndolos aun ante los tribunales de Roma. Trece años de combates y su edad avanzada no fueron bastantes para libertarle del martirio que, precedido de crueles tormentos, sufrió en Valencia, imperando Galba.

El diácono *Vitorio* fue el sucesor de Elpidiano por el voto unánime de los cristianos secretamente reunidos, en atención á sus grandes virtudes y profunda austeridad. La persecución contra el cristianismo, yendo siempre en aumento, el obispo Vitorio preso en Idumeno, hoy día Onda, cuando se dirigía á consolar á los cristianos perseguidos y extender la fé y la creencia cristianas entre los idólatras, fué bárbaramente asesinado por orden del prefecto romano de Valencia bajo el imperio de Trajano.

En los primeros tiempos de la iglesia era difícil á causa de las persecuciones que sufrían los cristianos, por cuanto la comunión católica era muy vivamente perseguida, dirigirse, no tan solo á Roma, donde para ellos, como ahora para nosotros, se hallaba establecida la cabeza visible de la iglesia en los obispos de aquella capital sucesores de San Pedro, sino tambien al primado de España, residente para una parte de ella en Toledo, para que designase un sucesor á las sillas vacantes, si bien esta designación iba acompañada del voto de toda la clerecía; por lo tanto se seguía la costumbre introducida de elegir á pluralidad de votos, no tan solo sacados de las personas todas consagradas al servicio del altar, sino tambien de los ancianos ó cabezas de las familias cristianas, sancionada despues la elección dicha, ora por el jefe de la cristiandad cuando se encontraban medios para ello, ora por el primado, delegado apostólico casi siempre, aprobando la elección popular de los obispos en nombre de la Santa Sede.

Esta sumisión á la cabeza visible de la iglesia, ó mas bien esta sujeción onimoda á la voluntad de una sola cabeza, cuyas órdenes respecto á la delegación de sus facultades eran tan estrictamente acatadas, era la que conservaba y por tantos siglos y al través de tantas vicisitudes ha conservado la fuerza y vigor que ha tenido siempre la comunión católica, que ha respetado siempre como infalibles las decisiones de su jefe, dándole así con esto tal consistencia, que los mas furiosos embates que en el transcurso de los siglos se la han suscitado, no han bastado ni aun ligeramente á conmovérlela. Esta misma fuerza

que la daba su unión y su obediencia, fue la que andando el tiempo hizo avocar á su conocimiento y elección el nombramiento de los pastores para las sillas vacantes, desterrando para siempre, no tan solo la elección casi popular de los obispos, de las que en los primitivos tiempos se mostraron celosos defensores las familias cristianas, sino tambien la elección hecha por la clerecía, y mas tarde por el clero superior de las diócesis vacantes, que habian reasumido en su seno las facultades de elegir, que en tiempos mas remotos pertenecieron á todos.

Reunidos pues los cristianos del Edeta despues del martirio del obispo Vitorio, recayó el nombramiento de su sucesor en *Dionisio*, presbítero recién llegado de la Grecia, segun nos dice Liberato, y que algunos confunden con el santo areopagita del mismo nombre, aunque sea para nosotros, como veremos, un error. Elegido á causa de la gran fama que gozaba por sus virtudes y mérito, se halló á la cabeza de la iglesia valenciana, sin que nos conste hubiera perecido de mano airada hasta el año 110.

Eligióse en seguida á *Tértulo*, que gobernó por los años 115 de nuestra era, ignorándose el año que falleció, ni qué género de muerte fue la suya; solo si que tuvo por sucesor á *Jacobo*, llegando hasta el año 166, creyéndose piadosamente padecería el martirio en la persecución contra los cristianos suscitada por Marco Galo ó Valio, en el reinado de Marco Aurelio, oriundo de España, el cual aunque muy bienhechor del pais de donde era originario, no le impidió el dejar pasar su terrible mano sobre el naciente cristianismo de la Iberia, aun cuando el imperio romano se hallaba ya en aquellos tiempos combatido no tan solo por los Cuados, los Marcomanos y los Dacios, sino tambien por los habitantes de la Mauritania. El vasto imperio de Roma, tan grande por su poder, empezaba ya á tocar la época de su decadencia. El orgullo le habia tornado feroz; su crueldad sirvió de pretexto á los pueblos subyugados para alzarse contra él. La austeridad de sus primeros tiempos, habiendo cedido su lugar á la corrupción y á los placeres, sus huestes afeminadas no pudieron luchar con ventaja contra sus múltiples contrarios, que cada cual de por sí ansiaba recoger una parte del desgarrado manto de púrpura del otro tiempo vasto y prepotente imperio. Además, los dioses de su creencia habian perdido ya su prestigio, los oráculos de sus sibilas enmudecian ó agoraban torpemente, y los augures, á pesar de su gravedad proverbial, no eran ya mas que objetos de escarnio y bafa de los mismos á quienes pretendian alucinar. La religion del crucificado del Gólgota, sencilla como su origen sublime y comprensible á todos por sus máximas, extendiéndose rápidamente sin ostentación ni aparato por medio de doce pobres ignorantes pescadores hijos del pueblo, y como él acostumbrados á las penalidades y privaciones de su existencia, teniendo por base el amor, y por objeto otra vida mejor, predicada con el ejemplo y con la constancia de los creyentes que les hacia arrostrar, sereno el rostro y la sonrisa de la esperanza en los labios, cuantos tormentos podia inventar el despecho y el orgullo herido, era el contraste mas terrible y la oposición mas vigorosa que pudiera encontrarse á su sistema ó creencia donde la libertad y los goces eran solo patrimonio de los que se vanagloriaban con el título de ciudadanos de Roma, dejando á los demás sujetos á las privaciones y á la esclavitud. Hé aqui por qué el reinado de la materia montado sobre un pedestal de movilidad arena vino á caer y esparramarse ante el sólido granito sobre el que se fundaba el imperio mas duradero del alma y de la razon.

Martirizado, segun creemos, el obispo Jacobo, sucedióle en el cargo *Felix*, el cual á causa de sus continuos achaques se retiró al poco tiempo á Valencia de Alcántara, donde murió, eligiéndose en su lugar hacia el año 197 á *Terencio*. Este varon piadoso, mitigadas un tanto las incesantes persecuciones que sufría el cristianismo, pudo con un tanto mas de sosiego dedicarse al cuidado de la ya abundante grey que tenia á su cargo, y con especialidad al ordenamiento y mejora de la clerecía, para la cual, y á fin de educar buenos y piadosos servidores del altar, instituyó un colegio ó retiro para la enseñanza y ejemplo de los que se dedicaban al servicio de la iglesia.

Una buena parte del siglo III fué en gran manera azarosa para el cristianismo. Los edictos de sangre y exterminio contra el nombre cristiano mandados sucesivamente ejecutar por los emperadores Septimio Severo, Julio Maximino y Decio, tenían de tal modo aterrorizados á los cristianos, que errantes de breña en breña y de soledad en soledad apenas se atrevían á reunirse, sino los muy amigos y allegados, para celebrar en retirados sitios los misterios de la fé y sostenerse mutuamente en sus necesidades y desamparo; sin que fuera bastante la anarquía militar y política que reinó en todos aquellos años con los asesinatos cometidos en los emperadores Antonio, Caracalla, Aureliano, Severo. Alejandro, Marco Antonio Gordiano, Filipo y Quinto, Trajano, Decio, para calmar el odio que se tenia contra los que profesaban la fé de Jesucristo. Así es que en los anales de la iglesia de Valencia se encuentra un vacío en la sucesión episcopal desde principios hasta mas allá de la mitad de este siglo de horrores y de crímenes, hasta que hacia

el año 260 vemos el nombre de *Asterio* ó *Aterio*, elevado á la dignidad episcopal por sus virtudes recomendables, hasta que padeció martirio por mandato del procónsul romano junto con otros varones eclesiásticos. Una cosa sin embargo haremos notar acaecida bajo su pontificado, y es la pública autorizacion que se dió para el establecimiento de un convento de religiosas bajo la advocacion y amparo de la Virgen del Monte Carmelo, que segun noticias vivian ya reunidas, aunque secretamente, desde el pontificado del primer obispo Eugenio. De esta asociacion religiosa formaba parte en los tiempos de que hablamos Angelina, noble matrona de conocida austeridad, que fué horriblemente martirizada con dos de sus compañeras cuyo nombre no nos ha conservado la historia, y cuya fiesta, segun asegura Erato, fué muy celebrada en Valencia por algunos siglos despues.

En el año 290 ocupaba la silla episcopal de Valencia *Eulogiano*, sucediéndole poco despues *Jeopombo* ó *Jeorombo* que alcanzó la palma del martirio en *Nertóbriga* de Aragon, hoy la villa de Ricla segun unos, y Almunia de Doña Godina segun los mas.

Vino en pos de *Jeopombo*, *Lupo*, elegido hacia el año 325, asegurándose fue tambien martirizado, aunque se ignora cómo y por orden de quien; pues por aquella época y bajo el imperio de Constantino se permitia profesar libremente el culto de Jesucristo.

Desde el año 334 hasta el 456 gobernaron esta iglesia con mas tranquilidad los obispos *Leon*, *Felix II* y *Panuchio*, este descendiente de una de las mas ilustres familias romanas, los *Furios* y *Camilos*.

Ya por este tiempo, dominando los godos casi soberanamente en España, y quedando apenas restos de la dominacion romana, alentada la iglesia cristiana y extendida por casi toda la antigua Iberia, la eleccion de los obispos se efectuaba con seguridad y tranquilidad, y por lo tanto la clerecia de las diócesis avocó á sí la eleccion de los pastores respectivos, sujetándolos como hemos dicho á la aprobacion del primado y del rey. De esta manera fue elegido á la muerte de *Panuchio*, *Pastor*, el cual fue algun tiempo despues desterrado de su silla por Eurico, rey de los godos, por haber defendido los derechos é inmundias de su iglesia, y especialmente los que le competian sobre todos los que profesando el cristianismo, viviesen en su diócesis. El obispo *Pastor* murió en Orleans, reino de Francia, lugar de su destierro.

Sabido su fallecimiento por la clerecia de su obispado, fue elegido en su lugar *Justiniano* en el año 482; y fallecido este en el 500, se confirió la dignidad á *Lupo II*, siguiendo en el catálogo *Justiniano II* ó *Justino*, monje del orden de San Benito, y natural de Gerona.

Siguió á este *Felix III*, varon recomendable, muy apreciado por sus virtudes, y celebrado por la gran resistencia que opuso á dejar penetrar en su rebaño las doctrinas disidentes de Arrio, cuyos adeptos se hallaban por aquella época muy orgullosos con el apoyo que les prestaba el poder real en atencion á que los reyes godos habian adoptado y defendian aquella nueva secta. Con este motivo fuerza será que apuntemos algo sobre el origen de esta secta, que tantos disturbios causara en aquella época.

III.

Arrio, natural segun unos de Libia, y segun otros de Alejandria, manifestó desde sus mas tiernos años una pasion grande por las letras, al mismo tiempo que un orgullo y una ambicion desmesurada, que sabia sin embargo ocultar bajo el velo hipócrita de la humildad y abnegacion mas refinada. Educado en las máximas de la comunión ortodoxa, quiso dedicarse al servicio de los altares, lo cual le fue en estrecho fácil, atendida la austeridad con que supo encubrir su altanería; y así fue elevado al sacerdocio por Achilas, obispo de Alejandria, sucesor de Pedro, martirizado en el año 314 ó 12. Hasta entonces la conducta pública de Arrio nada habia dejado que desear; empero á la muerte de Achilas se dejó ver claramente la ambicion que dominaba su alma. Pretendió al efecto el obispado de Alejandria; mas como la clerecia encontrase mas mérito y virtudes en el sacerdote Alejandro, inscrito despues de su muerte en el catálogo de los santos, Arrio se lanzó á la arena, arrojando con descaro la máscara que hasta entonces le encubriera, sosteniendo públicamente y en contra de las doctrinas profesadas por su obispo, que el Verbo eterno no era igual á su Padre, y que no habia existido desde el principio; sino que habia sido creado de la nada, y que pertenecía al número de las criaturas.

Esta proposicion con tanta audacia y firmeza proclamada, y que tan directamente se oponia á la creencia ortodoxa, alarmó vivamente á los cristianos; pero antes de recurrir á los medios extremos, el obispo Alejandro trató de persuadir á Arrio de su error en una conversacion particular. Empero como el clérigo disidente se empeñase en llevar adelante su opinion, y negase la autoridad de las Sagradas Escrituras, Alejandro se vió precisado á arrojarle del seno de la iglesia católica, lanzando contra él una excomunion formal. Con este objeto, y á fin de proceder á este tan solemne acto con todas las forma-

lidades y solemnidad posible, convocó el obispo un concilio compuesto de los obispos del Egipto y de la Libia, que acudieron en número de ciento, sin contar los eclesiásticos mas dignos de las diócesis respectivas. Interrogóse á Arrio sobre la heregia de que se le acusaba; empero en vez de negarla ó retractarse de ella, la sostuvo con mas empeño que nunca. Los padres del concilio entonces lanzaron contra él sus anatemas, incluyendo en ellas á sus secuaces, entre los cuales se contaban dos obispos, el de Tolemaida en Egipto, y el de Marmárica en la Libia.

Este castigo sin embargo no fue bastante á borrar el mal que con la proposicion herética se habia inoculado. La poblacion de Alejandria se dividió, una parte en favor y otra en contra, de tal manera que segun asegura un autor de aquella época, los paganos se mofaban sin rebozo alguno de los sagrados misterios, parodiándolos y ridiculizándolos á su sabor. La division no se ciñó tan solo á Alejandria, sino que continuó esparciéndose por el Egipto, la Libia y la Tebaida, donde se reunieron diferentes juntas ó pseudo-concilios en su favor. Arrio su gefe se trasladó luego á Palestina, donde logró seducir á casi todos los obispos, excepto al de Antioquia, al de Jerusalem y al de Trípoli, que se mantuvieron fieles en la ortodoxia.

El obispo Alejandro no desmayó por eso, antes bien escribió una larga epistola á los obispos de la cristiandad para informarles del peligro que corría la fé si se dejaba comunicar á sus ovejas con aquel herejiarca, á cuya epistola contestó Arrio y sus secuaces con otra llena de inectivas y de blasfemias contra el Verbo divino.

Tales controversias y la division que causaban en los ánimos, llamaron al fin la atencion del emperador Constantino, el cual á fin de terminar tranquilamente aquella disputa, escribió separadamente á Arrio y á Alejandro, siendo portador de esta última el grande Osio, obispo de Córdoba, sujetando á un nuevo concilio la terminacion de esta causa. Celebróse en efecto en el año 319, donde fue de nuevo condenada la secta arriana con todas sus consecuencias, sin que esto bastara á doblegar la orgullosa altanería del cristiano disidente. Constantino se vió pues en la precision de convocar un concilio general, que es el primero de los llamados *ecuménicos*, invitando al mismo tiempo á Arrio y sus partidarios á presentarse á sostener sus opiniones. Pero fueron tales las blasfemias que profirió ante aquella respetable asamblea, que los padres del concilio, tapándose los oídos por no escucharlas, descargaron sobre él todas las anatemas de la iglesia, condenando sus proposiciones como escesivamente perjudiciales y contrarias á la fé, arrojándole del giron de la iglesia ortodoxa. Constantino en vista de la decision tomada por el concilio general, le desterró, así como á los que profesaban abiertamente sus doctrinas. Los libros que contenian las doctrinas del herejiarca, fueron tambien condenados á las llamas.

Empero no bien habian pasado todavia tres años de este suceso memorable, cuando gracias á las intrigas de algunos de sus partidarios que se hallaban en la corte y so el pretexto de hacer una nueva profesion de fé, logró el permiso de volver á Alejandria, donde no se le permitió la entrada por el obispo Atanasio, que habia sucedido á Alejandro, trasladado á la silla de Constantinopla. Vivamente contrariado con aquella negativa, continuó por algun tiempo escitando con solapada maña los ánimos, hasta que noticioso Constantino, ó seducido mas bien por sus bellas promesas, le mandó ir á Constantinopla para hacerle volver á entrar en el seno de la iglesia ortodoxa. El obispo Alejandro se oponia sin embargo á este mandato del emperador; pero como este insistiese, y los partidarios del escomulgado sacerdote se aprestasen á llevarlo en triunfo á la iglesia, aseguran las crónicas que habiendo el obispo suplicado á Dios no espusiese á los fieles ortodoxos á la humillacion de ver entrar procesionalmente y como vencedor al acérrimo enemigo de la fé y de la verdad católica, murió Arrio en el año 336 al pasar por una plaza que conducia al templo, de resultas de un fuerte cólico que le acometió, obligándole á separarse de la comitiva para retirarse al soportal de una casa, donde arrojó por ambas vias los intestinos, el hígado y las entrañas. El sitio de esta catástrofe, añade un biógrafo, fue considerado por mucho tiempo como una señal evidente de la justicia de Dios, hasta que un rico arriano, para hacer desaparecer toda traza de tan trágica aventura, lo compró para elevar otros edificios diferentes que bastasen á borrar todo recuerdo.

Hechos estos ligeros apuntes biográficos de un hombre cuyas doctrinas tanto disturbio ocasionaron en los primeros siglos del cristianismo, no iremos mas allá para seguir paso á paso el camino que recorriera aquella secta no concluida por la nefanda muerte de su fundador, ni mucho menos hablaremos de las divisiones que entre ella misma surgieron como los acacianos, los semi-arrianos y los arrianos puros. Sostenida por los emperadores unas veces, y desprestigiada otras, la secta arriana con sus diferentes divisiones y opiniones encontradas sobre la aceptacion de la palabra *consustancial* ó igual en un todo al Padre, acabó, andando el tiempo, por desaparecer, confesando los mas de los que habian profesado aquellas doctrinas, el simbolo establecido por el concilio ecuménico de Nicea. De manera que esta heregia que comen-

zó en Egipto en el año 312 después de haberse esparcido por todo el oriente y una buena parte del occidente con la irrupción de los vándalos, visigodos, suevos, ostrogodos, burguñones y lombardos, cuando estos pueblos ocuparon la mayor parte de la Francia, de la España, el Africa, la Italia, las islas del Mediterráneo y la Panonia, se extinguió completamente hacia el año 660, hasta que en el año 1550 se trató de renovarla con el nombre de *anti-trinitarios*, que se confundieron más tarde con los *unitarios* ó *socinianos* del siglo XVII.

Volviendo á nuestro asunto, los comisionados de la primada de Toledo, á cuya silla se hallaba sujeta la dignidad de la de Valencia, se

concertaron con los de esta á la muerte de Félix para elegir su sucesor; mas como se hallasen los ánimos divididos, y los secuaces de Arrio estuviesen fuertemente apoyados por el rey Leovigildo, pidieron altamente se les concediese un obispo de su secta; así fue que, separándose los católicos de los arrianos para verificar la elección, confirieron estos la dignidad á *Micista*, mientras que los primeros la dieron al sacerdote ortodoxo *Voilgiselo*.

(Concluirá.)

Luis MIQUEL y ROCA.



(Armadura ecuestre de Hernan Cortés, según existe en la Armería Real de Madrid.)

DOLORES.

CAPITULO VI.

EL DIA DE LOS CONTRATOS.

Ningunas resoluciones son tan tenaces como las de aquellas personas que rara vez ejecutan sus voluntades. Hay caracteres fuertes, pero perezosos, que por cariño, por prudencia, por indolencia muchas veces, se habitan á ceder á los espíritus activos y turbulentos con quienes se hallan en contacto, y soportan pacientemente la tiranía á que se han sometido, por la capacidad que reconocen en sí de sacudir-la á su placer, en el momento en que los escite un interés poderoso. Llegadas las circunstancias solemnes, salen de su apatía con tanta ma-

yor fuerza, cuanto ha sido mas larga su perezosa inacción, y suelen ser obstinados á medida que han sido inertes.

Esto acontería á D. Diego Gomez de Sandoval: apenas podía recordar doña Beatriz que en todo el tiempo trascurrido desde que era su consorte se le hubiese opuesto seriamente á uno de sus deseos; mas bien comprendía en la circunstancia á que aludimos que había llegado el caso de ser ella la que se plegase, ante una decisión inmutable expresada con una autoridad harto economizada hasta entonces. La dama se revistió por tanto de un aspecto grave y resignado desde la tarde de aquel día en que se fijó el siguiente para la celebración de los contratos; y observándolo D. Diego redobló sus atenciones y cariños, como para endulzar á su esposa el sacrificio que había impuesto á su orgullo, y que parecía por fin magnánimamente aceptado.

Los dos pasaron la tarde en la alcoba de su hija, que aunque fatigada por las vivas emociones de aquel día memorable, continuaba en buen estado, en apariencia al menos, bien que á la llegada de la no-

che se notase algun recargo en la ligera fiebre que desde algunas horas antes habia vuelto á encenderse. El doctor repitió su visita en los momentos mismos en que hacia renacer las inquietudes paternales aquella pequeña alteracion, y ambos esposos se apresuraron á informarle de ella, preguntándole su dictamen. Tomó el facultativo sucesivamente entrambas manos de la doliente, pulsándola con detencion, y se quedó pensativo.

—¿Qué decis? articuló impaciente el adelantado. ¿Está peor acaso?

—El pulso es duro é irregular, murmuró entre dientes el interrogado.

Dolores se incorporó asustada. —Me siento bien, dijo con viveza: debo tener un poco de calentura... me duele la cabeza: pero todo pasará: mañana estaré buena.

—El doctor la hizo acostar de nuevo, recomendándole silencio y quietud, y no desarrugó el ceño que observaba temblando el infeliz padre.

—¿Pensáis que convendría repetir la sangría? dijo al oído de Yañez.

—No por ahora, respondió este: yo permaneceré toda la noche cerca de esta señorita, y si la situación se agrava, mañana pueden vuestras mercedes llamar otros facultativos de su confianza con quienes consultar.

El conde lo asió del brazo, y alejándolo algunos pasos del lecho de la enferma, tornó á preguntarle con mayor ansiedad:

—¿Está peor? decidmelo sin rodeos, señor Yañez. ¿Os parece peor que esta mañana?

El médico, visiblemente apenado con aquellas interrogaciones, se rascaba la cabeza y tosía, no acertando á serenarse; mas por fin respondió estas palabras, que parecían salir trabajosamente de sus labios:

—¡La situación es grave... muy grave! pero no hay por que desesperar, y yo ruego á vuestra merced que disimule sus inquietudes en presencia de la enferma. Es preciso que reine en torno suyo la mas completa tranquilidad.

D. Diego cayó desplomado en una silla, y el facultativo dispuso con aceleramiento una bebida que ordenó suministrar á la joven de media en media hora, hasta su regreso.

Se despidió en seguida volviendo á recomendar silencio y calma alrededor de la doliente, y ofreciendo volver antes de las diez de la noche y permanecer todo el resto de ella.

Los dos esposos se miraron suspirando; mas Dolores, como si hubiese leído los graves temores que dejaba sembrados en sus corazones el receloso médico, y quisiera disiparlos, tornó á sentarse en la cama con aspecto despejado y diciendo con festivo tono. —Me pesa la cabeza cual si tuviese sobre ella la enorme peluca del buen doctor Pero Yañez. Hacedme el favor, mi querida Maria, de recogerme los cabellos, y dadme despues un vaso de agua fresca.

La condesa se adelantó á la dueña para cumplir la indicacion de su hija, y la besó vos veces mientras sujetaba bajo una colla de encajes las largas trenzas de su profusa cabellera. En seguida la sirvió por sí misma la tisana preparada por el médico, en vez del agua que habia pedido. Apuró el vaso Dolores, y sorprendida y enternecida por aquellas leves señales de maternal solicitud, mezcló una lágrima con el liquido que bebía, y depositó despues un largo y ardiente beso en la mano que se lo presentara.

Cuando doña Beatriz colocaba sobre una mesa el cristal ya vacio, la joven fijaba en ella sus hermosos ojos llenos de agradecimiento, y de ternura, y acaso en aquel instante sentia remordimientos, recordando con dolor la enérgica negativa que habia opuesto aquel día á los deseos de su madre. Acaso el afecto filial, reanimado entonces por las inesperadas muestras del materno cariño, ahogaba momentáneamente los votos del amor, y se preguntaba la joven si no era un crimen en ella el sacrificar á su ventura el orgullo de aquella á quien debía la vida. Como quiera que fuese, la enferma, que se incorporaba tan serena y festiva, se mostró de repente meditabunda y abatida: permaneció algunos minutos con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho; luego exhaló un hondo y doloroso suspiro, y se acostó por último sin hablar desde aquel instante, aunque visiblemente agitada durante la primera hora que pasó despues de aquella escena.

Sin embargo, el despejo y la calma que habia manifestado cuando acababa de expresar el médico tan graves inquietudes, produjeron en el conde vivísima impresion, comenzando á sospechar que tuviera razon su esposa al acusar á Yañez de haber exajerado desde el principio la gravedad de los accidentes. Quizás se proponia dar importancia al mal para hacer valer mas la curacion: quizás aspiraba á aparecer á los ojos del conde como salvador de su hija, porque iba á reclamar algun gran servicio, que solo podia prometerse de una gran gratitud.

Pensando en esto D. Diego llamó á su mujer á un extremo de la estancia, y sentándose junto á ella le comunicó sus dudas.

—Páreceme, amada Beatriz, la dijo con afectuoso acento, que no

hay motivo para entrar en cuidado por cuanto indica el doctor. La niña indudablemente no se halla en peor estado del que aparecia esta mañana, y me persuado de que algo se propone Yañez aparentando recelos exajerados de que quiere hacernos partícipes.

La condesa se encojó de hombros y contestó sonriendo. Jamás he creído que existiesen los peligros que quiso ver ese hombre: habia tenido antes una plática bastante larga con el sobrino de D. Alvaro, y esta circunstancia explica suficientemente las manifestaciones que hizo anoche: mas confieso que no alcanzo el objeto que se propone en continuar afligiendo vuestro ánimo, despues de lo que ha obtenido.

Calló doña Beatriz, y D. Diego comenzó á pasearse agitado de un extremo al otro del aposento. Pensaba que era, en efecto, bastante verosímil que la sagrada promesa que habia pronunciado, hubiese sido arrancada premeditadamente al corazon paternal por las apariencias de un riesgo imaginario: casi se sentia avergonzado de la facilidad con que habia dado crédito á las ponderaciones del artificioso médico, y le pesaba haber acusado á su esposa de indiferencia hacia su hija, no comprendiendo que solo eramas sagaz y menos crédula que él, victima sin sospecharlo siquiera de una cruel superchería. Mas aunque se agolpaban todos estos pensamientos en la mente del buen adelantado, mas tranquilo ya respecto á la vida de Dolores, no se le ocurrió siquiera la posibilidad de retirar su palabra ó buscar pretextos para eludirla. La condesa, que le seguia con los ojos, le vió volver á su lado triste, sí, y casi enojado; pero firme en llevar á cabo el empeño contraído.

Es muy posible, dijo, que se me haya engañado: que no se temiese oprimir sin piedad mi corazon para que saliese de él un acto de flaqueza: pero, en fin, si no de la vida, de la felicidad de mi hija se trataba al menos: ama por desdicha al hombre indigno que ha empleado medios miserables para asegurarse su mano. ¡Hágala dichosa y lo perdono! Perdonadme vos, querida Beatriz, el haber tomado contra vuestro deseo y consejo una resolucion que confieso era merecedora de mas detenido examen.

Nada respondió la condesa: suspiró y bajó la cabeza, como si pesase en ella una idea dolorosa. Un instante despues dijo á su esposo: ¿Por qué no os recogéis y procurais descansar algunas horas? Habiéis sufrido mucho, D. Diego, y me parecéis mas enfermo que la que es objeto de vuestras inquietudes.

—Me siento mal, en efecto, contestó el caballero, pero quiero aguardar el regreso del doctor: quiero ver si nos dice todavia que es muy alarmante la situación de la niña, y hacerle comprender que no son necesarios mezquinos y crueles artificios para obligarme á persistir en lo que tengo ofrecido, ni para que contribuya en cuanto alcance al logro de cualquiera otra mira que pueda proponerse el buen Pero Yañez: de todos modos no deja de ser antiguo conocido y un médico estudioso y hábil.

Teneis razon, fué todo lo que repuso doña Beatriz; y levantándose al mismo tiempo, se acertó de puntillas al lecho de la enferma y la observó algunos minutos con afectuosa atencion.

¿Que tal?.. la interrogó su marido, aproximándose con iguales precauciones.

—Duermé tranquilamente, dijo la condesa; mas la despertaremos, si os parece, para que beba la medicina: ha pasado mas de media hora desde la primera toma.

Al oír estas palabras la dueña se dirigió á la mesa para tomar el frasco que contenia el liquido preparado por el médico, pero en el propio instante se abrió silenciosamente la puerta y apareció este. Recibiólo D. Diego con semblante casi risueño, y le dijo inmediatamente:

—Vuestra enferma acredita á mi entender la eficacia de vuestra receta, señor doctor: creo que quedaréis satisfecho.

Callaba el facultativo examinando con gran cuidado el semblante de la doliente, á la débil claridad de la única lámpara que daba luz al aposento. Terminado su examen, se dejó caer en una silla inmediata sin proferir palabra.

—¡Todavía! exclamó impaciente el adelantado: ¡todavía os mostrais desalentado!

—¡Todavía! respondió secamente el señor Yañez.

—Pero está mejor, dijo la condesa participando al parecer del descontento que se veía impreso en el semblante de su esposo.

—Está mas postrada, articuló el facultativo: por lo demas no me parece que debemos temer por esta noche ningun suceso desgraciado.

—¿Pero existe realmente gravedad? dijo con acento ya trémulo el conturbado padre.

El médico lo miró con asombro, pero procuró modificar la expresion de su fisonomía, respondiendo con dulzura. Animo, señor conde: estoy muy lejos de aprobar temores exajerados. Vuestras mercedes pueden irse á descansar, que aun quedan, así lo espero, aun quedan muchas noches para asistir á la enferma, y por hoy yo me encargo de velar á su lado.

Era tan violento en aquel instante el temblor que se habia apoderado de los miembros del conde, que hubo de apoyarse en los brazos

del doctor, el cual lo sacó casi arrastrando de aquella triste estancia, y le condujo á su aposento ayudándolo doña Beatriz. Pusiéronlo en cama, no obstante su maquinales resistencia: y mientras Yañez le preparaba un vaso de vino agitado, su mujer le decía al oído. — ¿Qué significa esta flaqueza, D. Diego? ¿olvidáis ya que le conviene á ese hombre ponderar los peligros? La niña no está tan mala como intenta persuadirnos: estoy cierta. Velaré cerca de ella: os lo prometo: procurad calmaros; quedaos en cama: mas temo por vos que por Dolores: teneis las manos heladas, y desencajadas las facciones.

—Es verdad, dijo el adelantado: no me siento capaz de escuchar otra vez las funestas palabras del doctor. Por mas que me parezcan exajerados sus temores, los participo á pesar mio, y solo consiento en tomar reposo algunos instantes, si ahora mismo mandais á llamar á otro facultativo cuya opinion consultemos.

—¿Os parece bien que llame á mi hermano encargándole espresamente que traiga á su médico consigo?

—Si, hacedlo sin demora, y avisadme cuanto llegue: mientras tanto procuraré recobrar mi entereza: dejadme solo.

Doña Beatriz salió en el momento en que el doctor Yañez servia á su esposo la anunciada bebida confortante. Bebióla el conde despidiéndose tambien al médico, y encargándole que no se apartase mas de la cabecera de su hija. Pronto irá á acompañaros, añadió: la congoja va pasando.

Cuando quedó solo se tendió en su lecho y desahogó su corazon con repetidos suspiros. Trabajaba por reanimar sus dudas respecto á la sinceridad del médico, pero no podia. Agitábase un presentimiento terrible de que el peligro de su hija era mas inminente de lo que confesaba el mismo Yañez, y hallándose mas inquieto y mas oprimido á cada minuto que pasaba, resolvió levantarse y volver cerca de Dolores, para observarla por sí mismo. Resolviólo, mas no pudo ejecutarlo. Extraño peso abrumaba su cabeza; crispadores escalofrios recorrían sus entorpecidos miembros, y conoció que no podría dar un paso sin bambolearse como un ébrio. Llamó entonces con su campanilla, y acudió Isabel Perez.

—¿Cómo está mi hija? la preguntó con una voz demudada.

—Lo mismo al parecer, contestó ella. Un paje ha ido á llamar al señor de Izcar y á su facultativo: entre tanto el doctor Yañez la ha dado segunda dosis de su medicamento, y espera, segun dice, felices resultados.

—Quisiera levantarme, articuló penosamente D. Diego, pero creo que me está comenzando una gran fiebre.

—Sosiéguese vuesa merced, replicó la doncella: la señorita está bien asistida por su madre, y ademas velamos tambien Mari-Garcia y yo.

—He padecido tanto desde ayer, volvió á decir el conde, que nada tiene de extraño el desconcierto que noto en mi cabeza y la postracion que me vuelve el cuerpo como si fuera de plomo.

Descanse vuesa merced, repitió la criada: cubriré la luz para que no se desvele, y vendré á avisarle si ocurre novedad.

¡Dormir! murmuraba el conde cuando salia de puntillas la doncella, despues de cubrir la luz como habia indicado. ¡Dormir yo en medio de tales zozobras! Pero aunque le parecia imposible cayó muy pronto en verdadera somnolencia que si, no le procuró completo reposo, entorpeció por lo menos la facultad del pensamiento. Esto no era extraordinario: el cuerpo obedece á las leyes de la naturaleza por mas que intente resistirlo el alma, y el conde no habia cerrado los párpados en toda la última noche.

Dos horas próximamente gozó el pobre caballero aquella imperfecta calma; mas salió de ella sobresaltado, pareciéndole que sentia idas y venidas por los vecinos corredores, y que llegaban hasta él confusas exclamaciones. Hizo entonces un esfuerzo violento y se lanzó del lecho, á que parecia clavado por el abatimiento de sus fuerzas. Corrió instintivamente hacia la cámara de su hija, atravesando oscuros aposentos con el maravilloso acierto de un sonámbulo, y al desembocar en los corredores se encontró á Isabel que iba á buscarle desatentada.

—¿Qué sucede? exclamó con ronca voz el desventurado padre.

—La señorita está muy mala... ¡muy mala! respondió sollozando la doncella, y aun no han venido el señor de Izcar y su facultativo.

El conde se lanzó, fuera de sí, hasta el umbral de la estancia en que yacia Dolores, y se halló frente á frente del doctor que iba á atravesarlo al mismo instante, perdida toda la gravedad ridicula que era el carácter de su fisonomía.

—¡Mi hija! gritó el caballero: ¡Doctor! ¿qué es de mi hija?

—El médico por toda contestacion enlazó con sus brazos el robusto tallo de don Diego, procurando alejarlo de aquella puerta fatal. Pero recobró este por un momento sus gigantescas fuerzas, y arrastrando á Yañez como si fuese una pluma se precipitó dentro.

La condesa profundamente pálida, estaba de pié delante del lecho de Dolores, y la dueña Mari-Garcia se inclinaba llorosa sobre el cuerpo de la jóven, que tenia todas las apariencias de un cadáver.

—¡Mi hija! tornó á gritar el conde deteniéndose estremecido ante aquel cuadro doloroso.

—¡Está muerta! respondió la condesa con acento sordo, pero con pronunciaci6n clara.

¡Muerta! fué todo lo que pudo articular el infeliz, y cayó en los brazos del doctor tan exámine como su hija.

Lo volvian en tal estado á su aposento, cuando llegaron por fin el señor de Avellaneda y su médico. Instaló á este último el doctor Yañez junto al lecho en que depósitara al conde, y volvió presuroso á la cámara mortuoria donde se hallaban solos doña Beatriz y su hermano, mientras Mari-Garcia é Isabel Perez preparaban por su órden las virginales galas con que la jóven difunta debia, segun el uso, descender á la tumba.

No desmayó el varonil ánimo de doña Beatriz de Avellaneda en momentos tan terribles. Ella vistió y adornó por sí misma aquellos restos queridos, sin consentir que la ayudasen en el desempeño de tan triste deber otras sirvientes que la dueña y su doncella favorita. Ella daba de acuerdo con su hermano órdenes precisas y terminantes sobre los funerales y el entierro del cadáver en la capilla de su familia, donde debia ser trasportado, y no se logró apartarla del funesto aposento hasta el instante en que declaró don Juan que era preciso sacar de él los inanimados despojos de la malograda Dolores.

El señor de Avellaneda lo habia dispuesto todo con tan grande actividad, que las gentes de la plebe (únicas que comenzaban á circular por las calles de Valladolid á los primeros albores de la mañana), vieron atravesar por ellas el fúnebre convoy, cuando ignoraban todos todavia que aquellas frias reliquias que se sacaban de la ciudad real, morada entonces de los placeres brillantes; era cuanto quedaba de una de las beldades mas perfectas que habia sido su adorno dos dias antes.

Conducian el cadáver cuatro criados de luto en una camilla cubierta por ancho manto de raso blanco recamado de plata: á su derecha iba á caballo D. Juan de Avellaneda, del mismo modo marchaba á su izquierda un escudero de aquel, llamado Rodriguez de Sepúlveda, y seguian al féretro ocho lacayos de la casa del conde, á los dos lados de una litera que ocupaban el doctor Pero Yañez, y la dueña Mari-Garcia.

A la hora en que los rumores de aquel infausto suceso cundian rápidamente por la ciudad, y llegaban á oídos del infortunado amante que esperaba firmar aquel dia los contratos matrimoniales, el cuerpo de Dolores se hallaba ya en la primer parada, donde fueron despedidos como innecesarios los domésticos del conde; porque desde allí hasta el lugar del enterramiento debia llevarse el cadáver en un carro bastante á propósito para dicho objeto, aunque solo la casualidad parecia haberlo proporcionado. En él, pues, y escoltadas solamente por el señor de Izcar, su escudero, el médico y la dueña, continuaron su fúnebre camino los despojos de la hermosa primogénita de los condes de Castro-Xeriz, arrebatada del mundo el mismo dia que estaba señalado para los preliminares de su casamiento, cuyos padrinos eran los mismos soberanos de Castilla, y testigo toda la nobleza de aquel reino.

(Se continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA

EN UN ALBUM.

No hay en el mundo poder
con que al vulgo restringir,
la facultad de mentir
y el deleite de morder.

J. E. HARTZENBUSCH.

Para encontrar un remedio
de amor en la cruda guerra,
no hay como poner por medio
mucho tiempo y mucha tierra.

R. DE CAMPOAMOR.

ESTATUA DE DIONISIO PAPIN.

Hoy que el vapor ejerce por vez primera su fuerza motriz partiendo de la capital de España, ocurresenos presentar la estatua erigida en su patria á Dionisio Papin, pretendido inventor de las máquinas



(Estatua de Dionisio Papin.)

de vapor. Nada podríamos añadir á lo que don Martin Fernandez de Navarrete y otros escritores nacionales han dicho, probando evidentemente, á despecho de Mr. Arago y de varios autores franceses, que la gloria de tal descubrimiento no corresponde á Papin, sino al español Blasco de Garay, que en 1545 propuso el emperador Carlos V una máquina para hacer marchar las naves de todas dimensiones, aun en tiempo de calma, sin remos ni velas, empleando el vapor para conseguirlo.

Los franceses han erigido una estatua á Papin, que no necesitó sin duda alguna otra cosa que utilizar el descubrimiento que Blasco Garay habia hecho y probado el 17 de Junio de 1545 en Barcelona, con un navio de 200 toneladas llamado la *Santísima Trinidad*, en presencia de don Enrique de Toledo, el gobernador de la ciudad, don Pedro Cardona, el tesorero Rábago, el vice-canciller y el intendente de Cataluña. Los españoles no hemos querido desmentir en este caso nuestra bien adquirida fama de poco apreciadores de las glorias nacionales y de los hombres grandes que honran nuestro suelo. Al consagrar hoy un recuerdo al que descubrió la locomoción por medio del vapor, tenemos que lamentarnos de que nuestros compatriotas no hayan tenido un monumento que levantar, una estatua que erigir, una calle de Madrid cuyo nombre recuerde á Blasco de Garay, mientras los franceses señalan orgullosamente al viajero la estatua de Papin, como inventor de ese gran descubrimiento del siglo que solo supo perfeccionar.

El hombre será siempre por si solo un fondo inagotable: los sentimientos del hombre serán siempre inmensos é ilimitados. Las mu-

sas desdeñosas de la Grecia no querian ocuparse sino de dolores reales, de reveses brillantes. El sistema de la igualdad va á introducirse á su vez, en la región de la poesia y de las artes. El llanto del hombre oscuro escitará tambien el nuestro, y ya el Evangelio y la Biblia nos habian enseñado á compadecer á todos.

Lo que mejor se sabe es lo que se adivina.

A medida que se despoja una colina de sus árboles, ó se hace crecer en ella un bosque, se priva á un terreno del rocío del cielo, ó se hacen correr aguas abundantes de un peñasco árido. Depende pues del hombre variar hasta la constitucion atmosférica del paraje en que se establece. Los elementos le obedecen, en cierto modo, y el mas terrible de todos va á morir á sus pies.

Lo propio que le sucede á la tierra cuando deja de ser trabajada por el hombre, le acontece al hombre mismo cuando huye la sociedad para buscar la soledad: crecen las espinas en su corazón desierto.

El deseo de la gloria no es sino el sentimiento de la vida que trata de rechazar á la muerte, el instinto de una alma grande que presente su inmortalidad.

Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de G. Alhambra. Jacometrezo, 26.